

Artículos científicos

Heterográficos

“A la vacuna de Andrés Bello”: oda precursora de la comunicación científica en la América hispana*

Marco Aurelio Ramírez Vivas**

Departamento de Literatura Iberoamericana. Escuela de Letras.

Facultad de Humanidades y Educación.

Universidad de Los Andes. Mérida - Venezuela

Resumen

Esta disertación pone de relieve al joven Andrés Bello, desde su mentalidad colonial, que expone asombrado en su oda “A la vacuna” los beneficios sanitarios que trajo la expedición de Balmis a la Capitanía General de Venezuela por intermedio de la vacuna antivariólica. Bello, que fuera comisario de esa campaña de vacunación, la primera de su tipo en la historia de la medicina, describe detalladamente los estragos de la epidemia en la población venezolana, de cómo el antídoto destierra aquella enfermedad, y del beneficio que ocasiona en la diezmada población, devolviéndole la salud, el bienestar social y la prosperidad económica en la Tierra Firme. Con esta oda, Bello se erige en precursor de la comunicación científica en la América hispana. Al final de esta reflexión añadimos un epílogo, en el cual analizamos someramente tres textos bellistas: Venezuela consolada, “Informe de Bello sobre la vacuna en Caracas” y dos artículos médicos sobre la viruela, publicados en la Revista de

* Recibido: 7-7-2019. Aprobado: 9-9-2019 (arbitraje interno) 7-10-2019 (arbitraje externo).

** Licenciado en Literatura Hispanoamericana (ULA-Mérida-Venezuela, 1978), Magíster Scientiae en Literatura Iberoamericana (ULA, 1996), y Doctor en Ciencias Humanas (ULA, 2017). Profesor de Literatura Española I (hasta 2012), y Literatura Española II (hasta 2006); y profesor de Literatura Venezolana I (desde 2015), en el Departamento de Literatura de la Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela. E-mail: marcoareliorv@yahoo.com.

Edimburgo núm. LXXIV, que comenta el polígrafo. Textos estos que refuerzan su rol como precursor de la comunicación científica en estas tierras indianas.

Palabras clave

Oda "A la vacuna", la expedición de vacunación antivariólica de Francisco de Balmis, Andrés Bello comisario de la campaña de la vacuna en Caracas, comunicación científica.

Abstract

This dissertation highlights the young Andres Bello, from his colonial mentality, which exposes astonished in his ode "A la Vacuna" the health benefits brought the Balmis expedition to the Captaincy General of Venezuela through the smallpox vaccine. Bello, who was the commissar of this vaccination campaign, the first of its kind in the history of medicine, describes in detail the ravages of the epidemic in the Venezuelan population, how the antidote banishes that disease, and the benefit it causes in the decimated population, restoring health, social welfare and economic prosperity in Tierra Firme. With this Ode, Bello stands as a precursor of scientific communication in Hispanic America. At the end of this reflection we add an epilogue, in which we briefly analyze three Bellist texts: Venezuela consolada, "Informe de Bello sobre la vacuna en Caracas" and two medical articles on smallpox, published in the Magazine of Edinburgh N° LXXIV, which comments the polygraph. Texts that reinforces its role as a precursor of scientific communication in these Indian lands.

Key words

Oda "A la Vacuna", the expedition of smallpox vaccination of Francisco de Balmis, Andrés Bello, commissar of the vaccine campaign in Caracas, scientific communication

1. Introducción

"A la vacuna" es, quizás, el poema menos estudiado de Andrés Bello, por mostrar el joven poeta, entonces funcionario colonial, su agradecimiento a Carlos IV y a la reina María Luisa por apoyar financiera y políticamente la campaña de la vacuna contra la viruela en Tierra Firme, en 1804. También, por expresar Bello su simpatía por

Manuel de Guevara Vasconcelos, gobernador de la Capitanía General de Venezuela, quien, por orden de su Majestad, ofreció la logística a esa empresa de sanidad colectiva, la primera de su género en la historia. No obstante, esta oda cobra una importancia hoy por ser el primer poema que encomia la primera campaña de salud pública; por mostrar su autor admiración por la curación de una enfermedad por un medio científico; por predicar que sin salud pública no hay prosperidad económica; y por ser este creador caraqueño, sin proponérselo, el primer divulgador de los beneficios dados por la ciencia en las tierras americanas del albor del siglo XIX.

2. Contexto y perspectiva teórico-metodológica

Según la Comisión Editora de Caracas, “A la vacuna” se publicó por primera vez en 1860, copiado según lo memorizara el Dr. Mariano de Talavera y Garcés. Después el manuscrito se encontró, en 1880, en el archivo de Juan Vicente González, que poseía Antonio Leocadio Guzmán. Aristides Rojas edita fragmentos de la pieza lírica, en 1881, de una copia que facilitó Carlos Bello, hijo del polígrafo, de cuyo texto desconfió Rojas por las copias sacadas al texto desde 1804. Miguel Antonio Caro lo publicó completo en 1882. La composición data de 1804, poco tiempo después de arribar la expedición de la vacuna antivariólica a Caracas, procedente de España (Bello, 1981: 8).

Antes de examinar “A la vacuna”, veamos algunos datos históricos sobre la viruela. Según Mauricio Acero Martínez (2002), la primera epidemia de viruela, registrada en los anales de la historia, data de 1350 a. C., cuando guerreaban egipcios e hititas. En la Edad Media murieron por esta enfermedad cerca de unas 400.000 personas por año. La epidemia acababa a quien infestaba, sin distinción de instrucción, rango social, raza u otra condición. Entre los gobernantes que padecieron la enfermedad está “...*María Luisa de Parma*, esposa del rey *Carlos IV* quien fue retratada por *Goya*, en la cual el pintor no disimuló las secuelas de la enfermedad, apareciendo los hoyuelos y las deformidades de la

boca por la pérdida de las piezas dentarias (Galindo, 2005).” Ello, sin duda, debió influir en el espaldarazo que Carlos IV, su esposo, dio a la expedición sanitaria para erradicar la viruela en la América española.

En América, prosigue Acero Martínez, el primer brote de viruela se originó en la isla La Española, en 1518, al arribar un barco portugués con esclavos procedentes de África. La expedición de Hernán Cortés introdujo la enfermedad en México, en 1520. Al Perú llegó en 1524, segando la vida de Huayna Capac, el emperador inca. El Nuevo Reino de Granada padeció la epidemia en 1558, muriendo unas 40.000 personas. Allí reapareció en 1588, diezmando la tercera parte de la población (Acero, 2002). “...Los indígenas, que eran la población más afectada, recurrían al bautizo dentro de la fe católica, buscando un alivio a la plaga, al ver que ni sus curanderos ni sus dioses lograban detener el avance de la enfermedad...” (Ídem). Aparece de nuevo en la región del Tolima, en 1590 (ídem). En 1597, Caracas es afectada por la peste —quizás viruela, vómito negro (fiebre amarilla) o una epidemia aun no identificada—, que, según cuenta una tradición, El Nazareno de San Pablo, al enredarse su imagen en un limonero en la esquina de Miracielos en una procesión, sus frutos obraron milagrosamente la curación. En esa provincia, la enfermedad se propaga entre 1658 y 1659 (Rivera, 2005). En 1688, azoló la población indígena de Boyacá y Cauca; y, en 1770, mató unas 700 personas en Bogotá (Acero, 2002). En el siglo XVIII, hubo, en Venezuela, al menos siete brotes de la epidemia; y en Caracas murieron más de un millar de personas infectadas, en 1764 (Rivera, 2005). La viruela, la tuberculosis, el cólera, la fiebre amarilla, la fiebre tifoidea, etc., redujeron de un modo sensible la población indígena, negra, blanca y mestiza de la América colonial.

Bello compuso “A la vacuna” en «acción de gracias al rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios», y puso de epígrafe, «al señor Don Manuel de Guevara Vasconcelos, presidente gobernador y capitán general de las provincias de Venezuela». El poema consta de ocho partes, que, según sus temas, hemos dividido en *el paisaje*

de la prosperidad de las colonias españolas; el anti-paisaje de la epidemia; y el paisaje de la sanidad colectiva.

3. El paisaje de la prosperidad de las colonias españolas:

El paisaje de unas colonias españolas prósperas comprende las cuatro primeras partes de la oda. En la primera parte (vv. 1-28), el poeta elogia a Vasconcelos como gobernante: destaca la confianza que el rey depositó en él para dirigir con acierto la Capitanía General de Venezuela, asegurando el derecho, la paz y la dicha al restituir el orden, alterado por la sublevación de Gual y España, en 1797. Por su buen gobierno se loa a Vasconcelos cual “...digno representante del gran Carlos...”; a quien Venezuela le agradece verse liberada de la viruela. En la segunda parte (vv. 29-44), se canta cómo las colonias españolas de Suramérica y Filipinas, regidas por Carlos IV, por esa campaña de salud van “...pregonando / beneficencia tanta al universo...”. En la tercera parte (vv. 45-60), dice que las colonias “...las adornan / leyes, industrias, población, comercio...”, gracias a la acción prodigiosa de Colón que hizo que el pueblo hispano trajera “dones de la tierra” y “fértil industria”. En la cuarta parte (vv. 61-108), se pone de relieve la labor agrícola hispana que convirtió en “vergeles” los otrora “zarzales” del Nuevo Mundo, y cómo se acabaron los sacrificios humanos y la idolatría aborígenes gracias al Evangelio. Este segmento de la oda plantea el reverso del mito de la Edad de Oro como lo dijo ya José Manuel Pereiro-Otero: “... en «A la vacuna», el imperio es precedido, no por una Edad de Oro y una virginidad trascendente, como sí sucedía en Quintana, sino por la oscuridad, la idolatría y los sacrificios de los habitantes precolombinos” (Spring, 2008: 123). El caos, la esterilidad y la idolatría prehispánica, según Bello, se transformó en un espacio colonial con un orden jurídico y administrativo, de laboriosidad agropecuaria y de religiosidad cristiana; imagen de un mejor tiempo para la Tierra Firme.

Sin embargo, ese tiempo colonial próspero que elogia Bello es de finales del siglo XVIII e inicios del XIX, el de la economía agrícola

mantuana, durante el mandato de Vasconcelos, que trajo tranquilidad, justicia y felicidad, que intentaron “perturbar” las ideas de la Ilustración y la insurgencia de Gual y España, en 1797. La prosperidad de la Colonia, en Bello, se monta en la oda sobre este tripode de carácter político, legal y humano, cuyo enemigo era la Revolución francesa. En “A la vacuna” lejos de Bello estaba ésa su concepción de progreso integral de “La agricultura a la zona tórrida” (1826) en la cual el derecho, la paz y la dicha de esta oda juvenil se conjugarán con la guerra de Independencia, y con la teoría del Estado moderno. Esa prosperidad colonial respondía al orden jurídico-administrativo de la Metrópoli; a una producción agropecuaria (cacao, caña de azúcar, añil, algodón, maderas y cueros); al crecimiento de la mano de obra de esclava los negros; y al comercio exportador que intermedió la Compañía Guipuzcoana y, para la época de la oda, la Intendencia de Caracas. Ello destaca el cariz agrario de la economía colonial en la América equinoccial (de fines del siglo XVIII y principios del XIX). El tiempo de la oda no es la América española del mercantilismo (del oro, plata y perlas) de los virreinos de la Nueva España, de la Nueva Granada, del Perú y de La Plata de los siglos XVI y XVII, a la que Bello siempre fue adverso desde sus primeros poemas del valle del Ávila.

4. El anti-paisaje de la epidemia

En la quinta parte (*vv.* 109-172), se describe la devastación y los estragos de la enfermedad. La ponzoña de la viruela no distingue clase social ni edad de sus víctimas, paraliza la administración, disgrega las familias, e impide, por el temor al contagio, que se atiendan a enfermos, se les suministren los santos óleos a moribundos y se entierren cristianamente a los difuntos. Esa peste que ha assolado la Costa Firme, también diezmo a Europa. Y en el poema aflora la tétrica imagen de los barcos infestados por la viruela, que los puertos rechazan para no quedar infestados por tan fatídico mal. Pero, creyendo loable la obra concluida del tiempo colonial, como lo destaca la oda, surge la viruela como enemigo imprevisto:

...aquel fiero azote, aquella horrible
plaga exterminadora que, del centro
de la abrasada Etiopía transmitida,
funestó los confines europeos,
a las nuevas colonias trajo el llanto
y la desolación...

Cual undécima plaga del *Éxodo*, como la llama Pereiro-Otero (Spring, 2008: 120), la viruela viene a reimplantar el caos primero del mundo colonial. Su primer efecto es acabar con quien se halla en el palacio: símbolo del poder imperial; con quien habita en la choza: el negro esclavo que sustenta el sistema económico agrario colonial. El sentido igualador de la muerte, inexorable e invencible en “las danzas de la muerte” de la Edad Media, aparece en la oda, pero no como una justicia divina ineludible, sino como un ente destructivo de un proceso “civilizador”. Estos versos revelan en Bello la conciencia de que sin el capital humano no es posible la prosperidad. Esta enfermedad estanca la administración y mina el sistema político, jurídico y económico de la Colonia española, poniendo en peligro las bases de su andamiaje. Pero la viruela va más allá: destruye la familia, la base de la sociedad colonial; y produce una calamidad religiosa, impidiendo que los enfermos alcancen la salvación por no poderseles aplicar la Extremaunción, y no ser enterrados cristianamente, siendo dejados sus cadáveres al descampado, como si fuesen “gentiles”. Esta “plaga” atenta también en contra de la solidaridad, la bondad y la hospitalidad cuando se impide a los infectados bajar de los barcos para ser auxiliados. La viruela, cual *anti-paisaje* devastador, deduciría el lector primero de la oda, intenta reimplantar el caos primero en que vivía el mundo precolombino.

5. El paisaje de la sanidad colectiva

Pero el rey Carlos vio esos padecimientos y tomó las providencias para erradicar esa peste. En la sexta parte (*vv.* 173-188), el poeta agradece a Dios por dar remedio a la viruela a través de Jenner, quien descubrió

la vacuna para conjurar esa enfermedad. En la séptima parte (vv. 189-212), se saluda con gozo el financiamiento de Carlos IV para propagar la vacuna en sus colonias, y ofrece la bienvenida a la expedición de Balmis, que volvió realidad ese beneficio de salud colectiva. La octava y última parte (vv. 213-315), se describe la obra salúfiera de la campaña de la vacuna en esas regiones, hecho que hace reemprender la labor agraria. La salud reagrupará las familias campesinas. Las madres alimentarán a sus hijos sin temor al flagelo. Nuevamente se elogia a Carlos IV, a la reina María Luisa, al ministro Godoy por permitir que esa campaña bienhechora arribara a las tierras americana equinocciales.

La salud ya no vendrá solamente del milagro divino, o por senderos mágicos, sino por un camino nuevo, inusual para las colonias hispanas de principios del siglo XIX, el científico. Ello, como plasma la oda, era entonces una noticia novedosa en la América colonial, diezmada por tantas enfermedades. La ciencia emerge inesperadamente como bienhechora del proceso “civilizador” de la Península, interrumpido por la viruela. Así, figuras científicas, como Jenner y Balmis, conforman ahora a esos héroes médicos, por su campaña de salud pública, fomentadora de paz política y prosperidad económica. La vacuna, en consecuencia, como el antídoto devuelve esa “Edad benévola” en que vivían los habitantes de la Colonia antes de llegar la peste, reintegra a las familias con su salud inoculada, pero, sobre todo, repone y revitaliza la agricultura, actividad económica más importante en la Capitanía General de Venezuela y en el resto de América, debido a que el mercantilismo hispano colapsó desde hacía mucho tiempo.

El poema “A la expedición española (Para propagar la vacuna en América bajo la dirección de don Francisco Balmis)” del poeta español Manuel José Quintana aparece con fecha de diciembre de 1806, dos años después de “A la vacuna” de Andrés Bello. Poema de Quintana que, tal como señala Pereiro-Otero, a pesar de tratar el mismo tema de la oda bellista, tiene un enfoque netamente político sobre la vacuna contra la viruela. Enfoque político ilustrado e independentista avanzado para la

época. Quintana, prosigue Pereiro-Otero, capta al mundo precolombino en la Edad de Oro que el imperio español, en cuyos barcos arribó también la viruela, diezmó con su férreo sistema colonial. Por eso, la vacuna, más que un antídoto contra una terrible enfermedad, es, en el poema de Quintana, símbolo de la cura política de América para erradicar la dominación española (Spring, 2008: 117-119). Pereiro-Otero, respecto al contenido político de la pieza lírica de Quintana, expresa:

De esta forma, la propia América descubre su traumática entrada en el devenir de la historia y se despierta a una desgarradora autoconciencia que la arranca de su letargo mítico y que se asimila simultáneamente al sistema de la colonia y a la enfermedad de la viruela, esa "peste fatal", esa "sierpe" que destruye el paraíso. En esta correlación "colonia" y "contagio" son términos equivalentes que se constituyen y se apoyan el uno en el otro. Por el contrario, la escritura poética propone un discurso de resistencia frente a la historia, la colonia y la enfermedad, al constituirse como antídoto y vacuna. La única solución lógica a la permanencia de este sistema que perpetúa la epidemia es, claro, inmunizar su cuerpo inoculando la perturbación revolucionaria: la libertad conseguida a través de la lucha, pero también a través de la vacuna y a través de una escritura comprometida con la causa independentista... (Spring, 2006: 118).

Quizás sea ese sentido político independentista del poema de Quintana que hizo que Arístides Rojas lo considerara superior a cualquier otra pieza lírica que tratara ese tema: "...entendía don Arístides, que «después de conocer la célebre Oda de Quintana, *Propagación a la vacuna*, toda obra sobre tema semejante aparece pálida»" (Bello, 1981: 8). Quintana con esa asociación política inusitada, resaltada por Pereiro-Otero, colonia / epidemia i.e. independencia / antídoto, se vuelve un precursor poético singular de la gesta americana. Pereiro-Otero, contraponiendo la visión política de Quintana, a los poemas bellistas "A la vacuna" y "Venezuela consolada" afirma: "...[en esas piezas líricas] la posibilidad de independencia americana desaparece..." (Spring, 2008:

119). En esos poemas, Bello se centra en los estragos de la epidemia, en el descubrimiento e implementación de la vacuna en Inglaterra, en legitimar el orden colonial en peligro por la viruela, y en el antídoto contra la enfermedad para reconstituir y mejorar ese orden (Pereiro, Spring, 2008: 119-125). Esa mentalidad colonialista del joven caraqueño la critica duramente Marcelino Menéndez y Pelayo en sus poemas: “A la vacuna” y “Venezuela consolada”:

Las poesías del primer período, que Bello seguramente no hubiera publicado nunca, apenas tienen interés más que como tanteos y ensayos, que nos dan la clave de la formación de su gusto y de la vacilación que forzosamente había de acompañar los primeros pasos de su musa hasta que regíamente posase su sandalia de oro en las selvas americanas. Unas veces se le ve arrastrado por el prosaísmo del siglo XVIII, como en dos lánguidos, fastidiosos y adulatorios poemas en acción de gracias a Carlos IV por la benéfica expedición enviada a América a propagar la vacuna: poesía oficinesca y rastrera, indigna por todos los conceptos de su nombre, y mucho más por la terrible comparación que suscita con la grandiosa oda que al mismo acontecimiento inspiró [...] a Quintana. (1948; 367).

El entonces funcionario de la Capitanía General de Venezuela creía firmemente en el sistema colonial como la mayoría de los blancos criollos, luego partidarios fervientes de la Independencia. Por 1804, los aires de la Emancipación ni siquiera soplaban por las calles caraqueñas: quedaba como débil recuerdo la conspiración de Manuel Gual y José María España, en la Guaira (1797). Únicamente Simón Rodríguez, que trashumaba su exilio por Europa, simpatizó tempranamente con las ideas republicanas de la Ilustración. Inclusive Bolívar, para la fecha, no tenía conciencia de los cambios históricos que en puertas sobrevendrían para la América española. Manuel José Quintana se adelantó a ese vendaval político que implantaría una nueva realidad geopolítica de Tierra Firme. En Andrés Bello, cambiar su mentalidad colonial a la republicana constituyó un proceso lento y doloroso, pero guiado por

una reflexión profunda, que le ayudó a asumir esos cambios políticos, históricos y sociales con una firme convicción.

¿En qué reside entonces el valor del poema bellista “A la vacuna”? Creemos que son varios los aspectos que hacen que esa oda tenga una importancia singular. Este es el primer poema que celebra un hecho extraordinario para la época: la primera campaña de salud pública mundial, que marcó un hito, por lo demás importante, en la historia de la medicina. La campaña contra la viruela abrió caminos promisorios para la salubridad social, que se materializarían en campañas sanitarias por toda Latinoamérica en el siglo XX, que lograrían casi erradicar epidemias como el paludismo, la malaria, el tífus, la viruela, la fiebre amarilla, etc. Otro hecho peculiar es patentizar líricamente el asombro de la curación por un medio científico, en una sociedad colonial que esperaba sanar a través milagros (como recuerda la leyenda del Nazareno de San Pablo, que inmortalizó Andrés Eloy Blanco), ritos mágicos y remedios caseros. Salud por un medio científico, eso sí, según Bello, dado por Dios a través de Jenner, facilitada por la realeza imperial y las autoridades coloniales, y llevada a cabo por el médico Balmis.

Divinidad, ciencia, orden político y sistema sanitario unieron sus esfuerzos para propagar los beneficios de la vacuna, nunca, según la oda, bien ponderados. Esa visión corporativa de la salud, novedosa entonces, que refleja el poema bellista, cambiaría el *modus operandi* del trabajo sanitario para erradicar con una mayor efectividad esa u otra enfermedad. Otro aspecto que muestra a Bello, como visionario del progreso, es captar que sin salud pública no hay prosperidad económica, en el marco del agro como modelo de desarrollo perdurable. La idea de progreso agrícola se fragua poco a poco en Bello a medida de que maduraban en el poeta caraqueño sus elementos constitutivos, y el de la salubridad social fue uno de esos pivotes.

El caos precolombino y el “proceso civilizador” de España en América, presente en la oda bellista, es discutible hoy y ofrece resistencias lógicas a medida que se conoce el mundo prehispánico, vivo hoy en

decenas de millones de indígenas latinoamericanos. Sin embargo, haciendo una salvedad a esas críticas, por lo demás justificadas, vemos en “A la vacuna” una concepción esperanzadora del futuro: el mañana debe construirlo la humanidad con el trabajo y el tesón de cada día. La humanidad para Bello no puede quedar anclada en el recuerdo de una Edad de Oro perdida en los albores del tiempo. Humanidad que, herida por el recuerdo de esa edad dorada, caminaría a su destrucción ineludible. En Bello, en cambio, el camino de la humanidad se abre a un mañana mejor, idea a la que agregaría en “La agricultura a la zona tórrida” (1826), los tiempos de paz en el marco del Estado moderno.

6. Para concluir

Finalmente, en esta oda, Bello se erige, sin proponérselo, en el primer divulgador científico de la América hispana al destacar las bondades de la ciencia, hasta entonces inconcebibles en estas tierras. Bello quiere crear conciencia del prodigio científico que la mente religioso-mágica de su sociedad vería con sorpresa, al conocer ese método de sanidad inusual; al que no pusieron resistencia por traer salud para todos sus miembros (Peninsulares, criollos, pardos, indígenas y negros). Hoy, cuando la comunicación social de lo que hace la ciencia en sus laboratorios es un derecho humano, Bello se vuelve, con “A la vacuna”, el precursor poético hispanoamericano al divulgar ese hecho científico que propició la salubridad a miríadas de habitantes de la América colonial; y Quintana el precursor lírico del ideario político de la Emancipación americana.

7. Epílogo

Tiempo después de redactado este artículo, leí tres textos: *Venezuela consolada* del polígrafo; el “Informe de Bello sobre la campaña de la vacuna en Caracas” (1813), traducido por Iván Jaksic (2001: 275-277); y dos artículos de la *Revista de Edimburgo* núm. LXXIV, noviembre

de 1822: “Noticia de la epidemia varioloide de Edimburgo i otras partes de Escocia” y “Bosquejo histórico de las opiniones de los facultativos con respecto a las variedades i segunda ocurrencia de las viruelas”; que Bello comentó en *La Biblioteca Americana* (1823: 170-171). Textos que consolidan su postura como comunicador científico del descubrimiento médico que partiera en dos la historia de la medicina. Veamos la importancia de tales textos en el legado bellista.

7.1. *Venezuela consolada* de Andrés Bello:

En *Venezuela consolada*,¹ el primer texto dramático de nuestra tierra, dialogan tres personajes: Venezuela, el Tiempo y el dios Neptuno, teniendo como escenario de fondo los “árboles del país”. Abre la escena Venezuela lamentándose que otros tiempos vivía “mejores días” pero ahora, dice al “errante pasajero (vv. 16-20):

...estación de
abundancia:
alegre imagen del dorado siglo,
¡Qué pronto en noche oscura
os habéis convertido!
¡Qué tenebrosa sombra
sucede a vuestro lustre primitivo!

El Tiempo reitera la visión adolorida de Venezuela, otrora un paisaje paradisiaco de alegres juventudes campesinas (vv. 29-32):

Por todas partes, oigo
sólo quejosos gritos
y lastimeros ayes;
pavor, tristeza, anuncia cuanto miro.

Y se queja de la falta de auxilio de la Corona española.

De nuevo interviene Venezuela refiriendo al Tiempo las desventuras que traído la viruela sobre el hermoso paisaje de su tierra y sobre las familias campesinas que la habitan. De un modo semejante a la voz poética de “A la vacuna”, la epidemia

convierte estos lares en un anti-paisaje al sembrar la muerte y la destrucción por doquier en los predios de la Capitanía General (vv. 65-80):

(.....)

Las atroces viruelas,
azote vengativo
de los cielos airados,
ejercen su furor sobre mis hijos.

La atmósfera preñada
de vapores malignos,
propaga a todas partes
con presteza terrible el exterminio.

En las casas y calles,
y sobre el sacro quicio
de los templos, se miran
cadáveres sin número esparcidos.

Del enfermo infelice,
huyen despavoridos
cuantos en su semblante
ven de la peste el negro distintivo...

Luego, al diálogo entre Venezuela y el Tiempo se suman el Coro y una Voz. Ante tanta desolación, sin embargo, se asoma la esperanza. Ello le deja ver el Coro (vv. 140-141):

—Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el Cuarto Carlos vela.

Esperanza que, como lo revela el Tiempo, materializará un nuevo personaje del drama: Neptuno, quien se presenta ante Venezuela con estas palabras impregnadas de aliento (vv. 151-155):

—Mi venida
es a daros consuelo. Cese el llanto.
La queja interrumpid. Yo soy el numen
a quien presta obediencia el mar salado;
Neptuno soy, que...

Sin embargo, Venezuela recibe con terror y desagrado la presencia del dios de los mares, a quien acusa de haber traído la plaga de la viruela a su territorio, que vivía feliz bajo la protección del monarca español. No obstante, Neptuno intenta disipar los temores de Venezuela anunciándole la buena del destierro de la enfermedad, gracias a rey Carlos IV (*vv.* 173-178):

–Tus lágrimas enjuga, Venezuela;
los cielos de tu pena se apiadaron;
ya no verás a tus dichosos hijos
con tan horrenda plaga señalados;
ya Carlos de tus pueblos la destierra
para siempre.

Venezuela se asombra que un poder humano pueda destruir la plaga tan invencible como lo era la viruela. Ello deja entrever que la curación de las dolencias de la población de la Venezuela de aquel tiempo se esperaba exclusivamente a través del milagro que se pedía a la Providencia o por medio de los remedios caseros, no por obra del ingenio humano.

Para sustentar la veracidad de su buena nueva a Venezuela, que debería conservar el Tiempo en sus archivos, Neptuno, a lo largo de 43 versos, le cuenta a la tribulada nación cómo el médico rural Jenner descubrió de la vacuna contra la viruela en Inglaterra (*vv.* 185-200):

En la fértil provincia de Gloucester,
a la orilla del Támesis britano,
aparecieron de repente heridos
de contagiosa plaga los rebaños.
A los cuerpos pasó de los pastores
el nuevo mal; y cuando los humanos
el número juzgaban de las pestes
por la divina cólera aumentado,
notaron con asombro que venía
en aquel salutífero contagio

encubierto un feliz preservativo
que las negras viruelas respetaron.
Jenner tuvo la dicha de observarle;
y de su territorio en pocos años,
desterró felizmente las viruelas,
el contagio vacuno propagando.

Este parlamento de Neptuno detalla la historia de la conformación científica del antídoto antivariólico, apenas enunciada en algunos versos de “A la vacuna”. Esa noticia destaca como un medio proveído por la ciencia cura con una certeza antes no imaginada una epidemia con historial tan terrible.

Neptuno sigue refiriendo a Venezuela cómo la Corona española, ante novedoso medio salutífero, organizó la expedición para las Colonias americanas, para erradicar tan flamígero mal, y propiciando nuevamente la salud, la felicidad y la prosperidad de su población. Por eso, exhorta a Venezuela a despojarse de su tristeza, de su desaliento y pesimismo (vv. 211-222):

*Sí, Venezuela; alégrate; tus playas
reciben hoy el venturoso hallazgo
de Jenner, que te envía, como muestra
de su regia bondad, tu soberano.
Hallazgo que tus hijos te asegura,
que de vivientes llena los poblados,
que libra de temores la belleza;
y, dando a la cultura nuevos brazos
para que en tus confines amanezcan
días alegres, puros, sin nublados,
el gozo te dará con la abundancia,
y la felicidad con el descanso.*

Enseguida, Venezuela agradece efusivamente a Dios por tal remedio científico, y al monarca hispano por propagarlo en sus colonias. El tiempo, por su parte, se suma a esas muestras de agradecimiento.

Neptuno, por su parte, para que la expedición antivariólica llegue sin ningún contratiempo al suelo americano, conmina a los vientos, las tempestades y las tormentas para que aplaque sus iras y dejen que las aguas se calmen. Que las “rubias Nereidas” dancen con alegría, que las “blancas Sirenas”, dejen sus cantos de muerte y entonces “himnos nuevos”, y que los caracoles acompañen esas melodías y “los móviles Tritones” difundan “...alegres ecos por el vasto espacio”.

El Tiempo, finalmente, se prodiga en extensas alabanzas al rey Carlos por tutelar tan grata expedición curativa, que permanecerá en los anales de la memoria, eclipsando las hazañas de los grandes guerreros de Occidente. Venezuela, por último, refrenda ese elogio efusivo al monarca benefactor.

7.2. “Informe de Bello sobre la vacuna en Caracas”

Fechado el 11 de enero de 1813 en Londres, ese “Informe” de Andrés Bello se caracteriza por su concisión y sistematicidad, rasgos que serán propios de los textos de divulgación científica. Dada su brevedad, ese “Informe” lo desglosaremos por partes para destacar sus aspectos importantes.

El primer aspecto resaltado por Bello es el objetivo de la campaña masiva de la vacuna, inédita hasta ese momento en la historia de la Medicina, para erradicar una de las epidemias más terribles que diezmaba a la población de las colonias españolas; y en la que él, como coadyuvante gubernamental va a tener papel crucial en la propagación de ese novedoso antídoto:

Habiendo sido secretario de la Junta establecida en Caracas con el propósito de extender el uso de la vacuna antivariolosa, me encuentro en situación de corroborar los siguientes hechos. En el año 1803 el gobierno español organizó una expedición cuyo propósito era el transmitir a sus colonias en América y Asia aquel inestimable preservativo contra una de las plagas más fatales que han azotado a la humanidad, y que en las colonias

españolas de América ha sido particularmente destructiva.
(Jaksić, 2001: 276)

Como proto-comunicador científico, el polígrafo pone de relieve a Javier Balmis, quien lideró la expedición de la vacuna ideada por Jenner en 1799, y su método para poder preservarla en los niños huérfanos traídos desde la Coruña: “El Dr. A. Francisco Javier Balmis, médico privado del Rey, fue nombrado jefe de esta expedición, y se le confió, a él y a otros miembros, el cuidado de varios niños para que conservaran el valioso germen transmitiéndolo de brazo a brazo” (idem).

Luego, describe los estragos de la viruela en la Capitanía General de Venezuela. Y, aunque la vacuna era inoculada a destajo desde hacía tiempo entre la clase pudiente de Caracas, los estratos sociales bajos (blancos de orilla, negros, pardos e indígenas), que eran la mayoría de habitantes, no se beneficiaban de su inmunización. Ello revela en el joven secretario una conciencia inusitada del sentido social que debía tener esa campaña. Sentido social que será la seña de identidad propia y justificadora de las posteriores campañas para la salubridad pública, que se realizarán en América y en el resto del planeta:

Uno de los primeros lugares que visitó la expedición fue Caracas, en donde la viruela reaparecía cada primavera, causando grandes estragos durante el verano. La inoculación era común desde hacía tiempo en Caracas, pero esta práctica, sin lugar a dudas beneficiosa para los individuos que la usaban, era fatal para la población en general, ya que la mayoría de la gente, ya sea por superstición, o falta de medios, no podía aprovecharse de sus beneficios. Así, las clases altas que recurrían constantemente a la inoculación, perpetuaban y extendían el contagio, de modo que el pueblo terminaba siendo víctima (Ídem).

Enseguida, el otrora secretario informa que es en Caracas, y en la extensión de la Capitanía, donde se verifica por primera vez el éxito la campaña de vacunación masiva; aspecto éste desapercibido hasta ahora por los biógrafos bellistas. Por ello, explica como ideó la logística gubernamental, con respaldo de las autoridades coloniales y la Iglesia;

luego describe la inoculación práctica de la vacuna y sus beneficios rápidos y notorios; y la decisión de que los niños fuesen receptores privilegiados del antídoto. Recordemos que en Inglaterra y España se intentó, antes que en Venezuela, la vacunación masiva, con un rotundo fracaso debido a la carencia de un adecuado apoyo gubernamental, del que, por cierto, aún no se tenía conciencia:

La naturaleza del gobierno colonial en América le dio al gobierno español ventajas muy particulares para el establecimiento y circulación universal de la vacuna antivariolosa. Así fue que al cabo de unos pocos meses desde la llegada de la expedición, la viruela fue completamente exterminada del departamento de Venezuela. La autoridad del gobierno, la influencia del clero, y especialmente la experiencia de los efectos saludables [de la vacuna] junto a la facilidad de la operación, lograron pronto su generalización, y los niños de todas las clases concurrieron al lugar establecido con ese propósito, bajo la inspección de la Junta, de la que fui por un tiempo Secretario (Jaksić, 2001: 277).

Así, la Junta presidida por Bello verifica que las metas fijadas para la campaña se rebasaron, a pesar de que una minoría de habitantes seguía padeciendo el flagelo de esa peste tan terrible. Campaña cuya inmunización incrementó de una manera significativa la población de América y Filipinas:

...Como esta Junta se instituyó para observar los efectos de la vacuna, con cuyo propósito se comunicaba con el protomedicato y con los curas de las parroquias del departamento, tuve la oportunidad de verificar con absoluta certeza que el éxito de esta operación en Caracas fue más completa de lo que se podría imaginar; y que sólo en algunas partes de la costa, en donde la población estaba tan esparcida que no lograban conservar anualmente el fluido de la vacuna, que la viruela común apareció dos veces. Sin embargo, atacó solamente a aquellos que no habían recibido el antídoto. Efectos igualmente favorables se han obtenido en otras partes de la América española, y es gracias al ilustre Jenner que la población de esta parte del mundo ha

podido crecer en 1.000.000 de vidas anualmente, las que, de no ser por este descubrimiento glorioso, habrían sido presas de la viruela... (Ídem).

El “Informe” de Bello finaliza con una observación novedosa: lo importante era fomentar la investigación local sobre la enfermedad creando los medios propios para la composición de la vacuna, para continuar con la inmunización; porque al irse Balmis se corría el peligro que la viruela repuntara otra vez. Ideas científicas de avanzada para la entonces Venezuela colonial:

...Uno de los propósitos de la Junta en esta rama ha sido promover la investigación sobre el fluido vacuno [*cow pox*] en aquellos distritos de las respectivas provincias en donde hay grandes concentraciones de ganado. En el distrito de Calabozo, que pertenece a Caracas, han tenido la satisfacción de encontrarla entre los animales. Los efectos producidos por el fluido vacuno obtenido en Calabozo, fueron exactamente los mismos que aquellos traídos de Europa, observándose solamente que la irritación era algo mayor cuando se administraba el fluido local (Ídem).

Bello presenta la importancia de la campaña de vacunación para acabar con la enfermedad, que entonces hacía estragos en la Capitanía General de Venezuela y en América. Luego, ofrece el sentido social imprescindible para ese novel modelo de salubridad, que por su naturaleza no es individual sino masivo. Ello nos lleva a plantear que el joven Bello es el primero en ver la importancia del carácter social y gratuito de la vacuna, porque una enfermedad contagiosa, como la viruela, no hace distingos de raza, condición social, creencias, género u otra discriminación.² Después, subraya que no basta con contar con el antídoto (como un novedoso aporte salúfero de la ciencia), sino es necesaria la ayuda gubernamental y de otras instituciones, en este caso de la Iglesia, para agrupar sistemática y eficientemente a la población objeto de la inmunización. Pero la ayuda gubernamental no debe ceñirse al éxito de la inoculación, sino se debe verificar los resultados

benéficos, o no, en la gente vacunada, detectando a aquellas personas que, por causas de fuerza mayor, no recibieron ese beneficio científico. Y, finalmente Bello, propone, como innovación para su tiempo, que cada región debe propiciar los medios locales para producir la vacuna, para dar continuidad en el tiempo a la campaña de salud pública.

7.3. Dos artículos de la Revista de Edimburgo núm. LXXIV, noviembre de 1822: “Noticia de la epidemia varioloides de Edimburgo i otras partes de Escocia” y “Bosquejo histórico de las opiniones de los facultativos con respecto a las variedades i segunda ocurrencia de las viruelas” de Juan Thomson, que Bello comentara en su Revista La Biblioteca Americana (1823)

Bello es consciente del bien científico de la vacuna contra la viruela, que además considera una dádiva inestimable de la Providencia, pero, 18 años después de aplicada en Venezuela, América y Europa, y ante hechos científicos contenidos en dos artículos médicos que transcribe y desglosa, primero reconoce y luego convalida las deficiencias del antídoto. Ya no vale la excusa de que la viruela ocurrida después de la inoculación era otro tipo de enfermedad: las “viruelas locas o espurias (*varicellæ*)”, o que la mano del vacunador la orientó la impericia sanitaria.

El doctor Juan Thomson recalca, según el polígrafo, que el beneficio dejado por la campaña antivariólica en Gran Bretaña: bajó sensiblemente el índice mortalidad de los infestados, y los que padecieron la viruela otra vez vieron mitigadas sus secuelas, y los vacunados en su mayoría quedaron inmunizados. Ello a pesar de que la constitución física de cada persona varía entre sus semejantes, y de las condiciones insalubres en las que vive mucha gente, y de que parte de los vacunados ha padecido la enfermedad dos, tres hasta cuatro veces. Pero, el saldo de la vacuna de Jenner es positivo. Sin embargo, aunque convalida la vacuna de Jenner, sus métodos de inoculación y la persistencia que deberían tener las campañas para inmunizar a cada vez más personas, deja ver en claro su preocupación ante el repunte cada

vez más agresivo de la enfermedad en regiones europeas. La vacuna, advierte, no es del todo segura como antes se le preconizaba, y la viruela es un flagelo cada vez preocupante a pesar de las campañas salutíferas difundidas por Europa:

El Sr. Cross publicó una descripción de la epidemia variolosa de Norwich en 1819. Según él, los efectos de la epidemia en los vacunados, en los no vacunados, i en los que habían pasado viruelas, fueron enteramente conformes con los que describe el doctor Thomson. De estos i otros hechos a que se refiere este último facultativo, se deduce manifiestamente, que en una epidemia variolosa de un carácter grave no se debe ver la vacuna como un preservativo seguro; que semejante inmunidad ni las viruelas naturales, ni las inoculadas pueden conferirla; i que todos los que han pasado este mal bajo cualquiera de sus formas, i particularmente los niños i jóvenes, están espuestos a reinfección, cuando la enfermedad es mui jeneral i maligna. Pero al mismo tiempo parece incontestable, que cuando la vacuna no preserva del mal, lo hace comparativamente leve, i reduce a casi nada el peligro; i que si bien es necesario despojarla de una parte de las atribuciones con que se anunció al principio, debe girarse todavía como uno de los beneficios más importantes que las ciencias han hecho a los hombres (Bello 1823: 175).

El doctor Thomson, en el segundo artículo que glosa el polígrafo, enfatiza sobre la necesidad de diferenciar la viruela benigna de la viruela de mayor fatalidad; y viruela de la varicela, que para Thomson son distintas:

...En la misma casa, el mismo aposento, a veces en la misma cama, había pacientes cuya infección procedía de un mismo oríjen, que frecuentemente se pudo rastrear con la mayor certidumbre; i de los cuales uno presentaba síntomas de varicelas, otro de viruelas benignas, i otro de viruelas de la calidad más funesta; ¡i sin embargo se insiste en que las varicelas es una enfermedad esencialmente distinta de las viruelas!... (Bello 1823: 177).

De ahí, Bello, parafraseando a Thomson, insiste sobre la importancia crucial de distinguir los diferentes tipos de viruelas, y la viruela de la varicela, para que el médico adopte las medidas sanitarias debidas:

Suponer una misma enfermedad, producida por un mismo contagio, i modificada por la complexión i otras circunstancias de los pacientes; a veces tan lijera que apenas merece el nombre de enfermedad, i a veces tan grave, que burlándose de todos los recursos del arte, arrastra aceleradamente sus víctimas a una muerte horrible i asquerosa; suponer esto, es hacer una suposición que concuerda con los hechos, i que la razón no puede reprobear; pero equivocar la diferencia de intensidad con la diferencia de jénero, es frustrar el grande objeto de las clasificaciones científicas, i dar por distinto lo idéntico. Hay multitud de dolencias, cuyos casos leves difieren de los graves tanto como dos enfermedades cualesquiera, jcnéricamente distintas, pueden diferir entre sí (Bello 1823: 178).

Bello invita al médico a no confiar excesivamente en su experiencia y estudio para diagnosticar acertadamente qué clase de viruela presenta el paciente. Hay que agudizar la observación para un diagnóstico atinado, en el que la vida y la muerte siempre entran en un juego peligroso entre salud o desenlace fatal. Que la sola vacunación no basta, debe darse un buen diagnóstico, ver las condiciones físicas que tiene y ambientales en que vive cada persona, y su respuesta al proceso de inmunización.

8. Notas

- ¹ “El original de este poema fue encontrado en 1880 entre los papeles de Juan Vicente González, que poseía Antonio Leocadio Guzmán. Se publicó por primera vez en las *Poesías* de Andrés Bello, preparadas por Miguel Antonio Caro, Madrid, 1882. Después en O. C. III, p. 12-23. El motivo central del drama, la vacuna contra las viruelas, nos induce a pensar que es poco posterior a 1804. Cf. nota p. 8. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS). Texto poético dramatizado tomado de Andrés Bello. *Poesías*. Tomo I. En *Obras completas*. Segunda edición facsimilar. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1981. pp. 17-27.

- ² Ello cimentó las bases para que la salud pública fuera de carácter social y gratuita. Vacunas contra la fiebre amarilla, la fiebre tifoidea, la difteria, las tosferina, la rubiola, el sarampión, la lepra, el mal de Chagas, entre otras enfermedades infecto-contagiosas, han sido administradas y deben seguir inoculando de manera masiva y como un servicio médico gratuito.

9. *Bibliohemerografía*

- ACERO MARTÍNEZ, Mauricio (2002). *De la viruela y otras plagas en América*. Colombia: *Heraldo Médico*, vol. XXV, núm. 230. Recuperado de: <http://encolombia.com/heraldo2423002viruela.htm>.
- BELLO, Andrés (1981). *Poesías*. Tomo I. En *Obras completas*. Caracas: Fundación La Casa de Bello.
- BELLO, Andrés y Juan García del Río (1823). *La Biblioteca Americana. Miscelánea de literatura i ciencias i Bellas Artes*. Por una Sociedad de Americanos. Londres: imprenta de don G. MARCHANT, Ingram-Court, pp. 170-181.
- JAKSIC, Iván (2001). “Informe de Bello sobre la vacuna en Caracas”, en *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago de Chile: Universidad de Chile. Editorial Universitaria, pp. 275-277. [Fuente: *Report of the National Vaccine Establishment in London for the Year 1812*, núm. 9 (marzo 1813), pp. 11-12. Este documento, desconocido hasta el momento, se encuentra en el Wellcome Library de Londres.]
- GALINDO SANTANA, Belkys María, Denis Berdasquera Corcho, Lázaro Alfonso Berrio y Raydel Martínez Sánchez (2005). *Balmis y su humanitaria contribución para la eliminación de la viruela*. *Rev Cubana Salud Pública*, enero-marzo de 2005; vol. 31 (3): 257-59. Instituto de Medicina Tropical “Pedro Kouri”. Recuperado de: http://bvs.sld.cu/revistas/spu/vol31_3_05/spu13305.htm.
- JAKSIC, Iván (2007). *Andrés Bello. La pasión por el orden*. Caracas: bid & co. editor. Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), (Colección Histórica, 2).
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (1948). *Historia de la poesía hispanoamericana*. Santander: Aldus, S. A. de Artes Gráficas. Vol. 27. T. I.
- PEREIRO-OTERO, José Manuel (spring, 2008): “Conquistas vi(r)olentas y vacunas independentistas: Andrés Bello y Manuel José Quintana ante la enfermedad de la colonia.” *Hispanic Review*. Vol. 76. Núm. 2. pp. 109-133.
- RIVERA, Marcos. *Peste negra y viruela* (2005). Recuperado de http://www.saber.ula.ve/cgiwin/be_alex.exe?Documento=T016300002515/0&term_termino_2=e:/alexandr/db/ssaber/Edocs/grupos/giesham/publicaciones/articulos/peste-negra-viruela.pdf.